

Viña telúrica

Hugo Herrera

Prof. titular, Derecho UDP



Nací y viví en Viña hasta los 26. Aplañé sus calles con amigos, del colegio y el barrio, las mismas que recorrí en bicicleta. Castaños y plátanos orientales formaban especies de corredores abovedados. Y estaba el mar, compañero omnipresente, “abierto, democrático”. Salimos de cuarto medio y rincones ignotos se nos abrieron: en su belleza y su incipiente pobreza expansiva.

Luego —coincidió con mi juventud— vino el deterioro persistente, con alcaldías funestas. El centro colapsó, entre predicadores, ambulantes, arreglos interminables y dos malls. Muchos se desplazaron a Concón. Cerraron comercios: el Samoiedo, la Gaponov y tantos otros.

Mi suegra dice que hoy Viña es de los viñamarinos sólo en las mañanas. En las tardes se apropia de ella una especie de horda eventualmente peligrosa.

Uso leer caminando por sus calles. Paso por los lugares de mi pasado. Son como no-lugares. Ni la clínica donde nací, ni el jardín donde jugué, ni el colegio donde estudié, ni la iglesia donde me casé, existen.

Siguen el viento. Los cerros y el plan, la arena, el Sporting, las casas viejas de Miraflores. Pero el deterioro continúa. El centro fue conquistado por los ilegales y un tumulto de dudosos turgurios. Las plazas a la orilla del mar se llenan de ambulantes y grotescos titiriteros. Poblaciones y campamentos se expanden sin control, normalizándose su precariedad. Año a año contingentes de egresados de la ciudad se deben mover a Santiago, decapitando de cuadros.

Un editor de este mismo diario, también viñamarino, me representaba una vez mi nostalgia por Viña, reparando en el deterioro. Tuve que confesarle que cuando recorro porfiadamente sus calles, ando como a la búsqueda de algo que no encuentro. La nostalgia tiene una cierta entidad y el difuso recuerdo se vuelve tal vez más nítido en el contraste.

Ocurre también que queda de Viña un irreductible paisaje. No es poco: tierra vibrante de mar y neblina. Calles anchas con árboles viejos en barrios antiguos, bien construidos. Gente usualmente

amable. Poco más. Pero todo lo que queda es fundamental.

Se recupera la relación de la ciudad con las bendiciones naturales; se combatiese la mafia de ambulantes; se urbanizase armónicamente, reemplazándose las acumulaciones de edificios, tomas y poblaciones desbordantes por

modos de construcción parecidos a los de sus barrios mejor diseñados, Recreo, la población Vergara, Miraflores, Chorrillos; quizás cabría esperar lo inusitado: la revitalización.

Puede ser un sueño extemporáneo. Pero las elecciones municipales son siempre ocasiones de nuevos comienzos.

La oposición al parecer está logrando algo inusitado: la unidad. Se agrupa en torno a un candidato —Poduje— que, abruptos aparte, ha hecho su causa recuperar para el paisano comunas emblemáticas. No se puede decir del arquitecto de la PUCV, del estudioso de un urbanismo intensamente práctico, que no sea el mejor preparado para sacarle a la dolido ciudad la belleza que ella entraña.

“Las elecciones municipales son ocasiones de nuevos comienzos. La oposición al parecer está logrando algo inusitado: la unidad”.